



La luz es diferente en los venajos de Haro

TEXTO E IMAGEN:
María Caro Sánchez-Merino

Las huertas jarreras del entorno de la Fuente del Moro han resistido a la pandemia durante 2020, así como a todas las plagas y desastres del siglo XX. Sin embargo, el año pasado durante el confinamiento domiciliario de principios de primavera, se redujo el horario de acceso a los venajistas, lo que afectó a la cosecha de la patata. Pero no son sus frutos lo más importante, sino pasar la jornada observando la evolución de las tierras. Los casi doscientos venajistas acuden cada día con independencia del clima, con el convencimiento y la satisfacción del que está donde quiere estar.



En los ‘venajos’ de Haro amanece de forma especial. El frío aire que despierta de los Obarenes traslada al visitante los aromas de la tierra después de una característica noche húmeda riojalteña.

Una potente luz atraviesa los nubarrones en los que la boina matutina se va desmenuzando y hace que resplandezcan los colores de las huertas jarreras.

Son 120.000 metros de plantaciones, divididos en casi 200 ‘venajos’. Su titularidad es municipal, pero su concesión es de por vida, y va pasando de padres a hijos. Las únicas condiciones son que se mantengan cuidados y trabajados, y que en ellos únicamente se planten productos agrícolas para su consumo, además de pagar los tres euros anuales por la concesión al Consistorio jarrero.

En el mes de octubre finalizaba la época más productiva después de un año convulso, ya que también aquí dejó su huella la pandemia. La principal producción está formada por tomates, calabacines, rábanos, pimientos, guindillas o chiles, lechugas y escarolas, entre otros. Con el fin del verano llegaba el momento de desbrozar y posteriormente quemar el rastrojo, algo que comenzó la segunda semana de noviembre, una vez que el riesgo de incendio se redujo.

La de 2020 fue, según los venajistas, una cosecha regular, y lo que peor ha salido ha sido la patata, porque no se pudo sembrar en su época al coincidir con las semanas de confinamiento domiciliario, al inicio de la primavera.

No solo es un sitio de trabajo,
también lo es de reunión.
Muchos de ellos manifiestan
su preferencia por estar en su
venajo, viendo crecer la cosecha,
antes que reunirse en un bar



Como la tierra estaba muy seca, la nevada y su posterior helada han venido muy bien, ya que la tierra estaba muy seca y enseguida ha absorbido la densa precipitación. Llega la recogida de puerros y de las últimas escarolas de la temporada y comienza la plantación de cebolla de verano o cebollino y de lechuga.

Además, los venajistas están ocupados preparando los semilleros para poner plantas de tomate, entre otras, y a la espera de que llegue marzo para comenzar la gran plantación.

MÁS DE UN SIGLO DE COSECHAS

Estas huertas municipales, ubicadas en los alrededores de la Fuente del Moro, tienen su origen oficial en el inicio del siglo XX, gracias a la cesión de los terrenos por parte de una mujer adinerada, para que pudiesen alimentarse familias con más necesidad.

En 1919 se firmó el primer reglamento de 'Cesión de terrenos comunales', según explica Fernando de la Fuente en su libro *Temas jarreros*, una superficie que se dividió en dos centenares de parcelas de 600 metros cada una.

Según el Libro de Actas del Ayuntamiento, el viernes 4 de julio de 1919, la comisión encargada del estudio y dictamen sobre la cesión de los terrenos comunales presentaba un informe, acompañado por una ponencia de D. Leopoldo González Arnáez para su aprobación por parte del Ayuntamiento.

En ella se determinaban las reglas y condiciones en torno a los venajos del Oja-Tirón, así denominados desde entonces. En su inicio se establecía la necesidad de emplear en ellos veinticinco fanegas, dejando lo restante del prado desde su entrada por la carretera de Anguciana hasta el estrecho de Fuente Nueva (hoy con merenderos y barbacoas), para el pastoreo y paso de ganados.

Entre las reglas, según el libro de actas del Ayuntamiento entre 1918 y 1921, destaca el proceso de adjudicación: "Que, una vez conocido el número de parcelas, se proceda por sorteo a la adjudicación del usufructo de las mismas entre los naturales o vecinos que, llevando una residencia sin interrupción de más de seis años, lo soliciten al Ayuntamiento, quien conservará siempre la propiedad de esas tierras", recogía el documento municipal.



Que una vez conocido el número de parcelas, se proceda por sorteo a la adjudicación del usufructo de las mismas entre los naturales o vecinos que llevando una residencia sin interrupción de más de seis años, lo soliciten al Ayuntamiento, quien conservará siempre la propiedad de esas tierras

Destaca entre las normas que “no tendrán opción a disfrute los padres, tutores o encargados que abandonasen la instrucción de sus hijos o pupilos, no mandándolos a la escuela (...) y no procurasen, en la medida que lo permita su condición, darle la conveniente educación moral e intelectual que tan importante es en los primeros años de la vida”.

Otra de las reglas curiosas es la necesidad de la presencia de hombres en el trabajo del venajo: “Cuando uno de los usufructuarios falleciese, su parcela se transmitirá a su viuda siempre que desde los usufructuarios colindantes se compro-

metan a seguir labrando la parcela y, en caso contrario, esta pasará al vecino más antiguo de los que sigan (...)”.

La prioridad se estableció para los más necesitados, según apuntaba en su octavo punto: “Se dará preferencia para el disfrute de las parcelas y se le adjudicará sin los requisitos (...) con solo solicitarlo, a los naturales de Haro que no poseyendo tierras y siendo obreros agrícolas, tengan en su compañía o lo mantengan a su madre o padre sexagenarios, uno o más hermanos huérfanos, menores de edad”.

A continuación, en el punto 9, se establecía: “Queda prohibido el cultivo de la remolacha en estas parcelas comunales”.

Según el acta que recoge el archivo municipal, “el señor Corral preguntaría sobre el motivo de la prohibición de cultivar remolacha en las parcelas, informándole el señor Ogueta que, desde un principio, se había tomado este acuerdo por la Junta Municipal, aprestándose a lo solicitado por los mismos obreros”.

Tras largo debate, se aprobaba el informe de la comisión y ponencia.



EL DÍA A DÍA EN LOS VENAJOS

A partir de las nueve de la mañana comienzan a llegar los socios venajistas. La climatología es circunstancial, ya que no afecta a las ganas con las que todos los días del año se acude. Siempre hay gente. Y es que, no solo es un sitio de trabajo, también lo es de reunión. Muchos de ellos manifiestan su preferencia por estar en su venajo, vienen a crecer la cosecha, antes que reunirse en un bar.

Antiguamente era un territorio frecuentado en su mayoría por hombres, pero varias mujeres se han ido incorporando en los últimos años. Algunas de ellas al recibir la herencia de su marido y su hermano, como en el caso de Carmen Aparicio, que sobrepasa con holgura los ochenta años. Ella va a diario. Lleva toda la vida cuidando de tierras y, a pesar de la dureza, afirma estar acostumbrada: “Todo esto me lo llevo yo, sola”, manifestaba orgullosa.

Se quejaba de las hierbas que han salido, y es que ha sido un año que ha requerido de mucha limpieza porque, al no poder acudir durante los meses de confinamiento y con cuentagotas durante un tiempo después, la maleza comenzó a campar a sus anchas y el trabajo en la huerta se fue acumulando hasta convertirse en el doble.

Todos los días llega desde el cementerio, andando, y se queda allí hasta por la tarde, cuando llega su hijo a por ella. “No como aquí, desayuno fuerte en casa y así puedo dedicar más tiempo al trabajo”, explica.

Pedro lleva 30 años ya cuidando de sus tierras, y reconoce que “de él pueden comer bien hasta dos familias; si lo trabajas bien, cunde mucho”. Él acude dos o tres días por semana ya que, ahora que se ha jubilado, dispone de más tiempo para hacerlo: “Me paseo, vengo un rato, y me voy”, dice. Y es que el venajo requiere un trabajo que no todos los que tienen la concesión dedican.

La cosecha de José Manuel ya estaba prácticamente recogida a mediados del otoño, “solo

Antiguamente era un territorio frecuentado en su mayoría por hombres, pero varias mujeres se han ido incorporando en los últimos años

quedan las berzas y los puerros”, explica. Pero cuando echa la vista atrás su calma se agrieta: “Durante el confinamiento perdimos mucho. En los invernaderos teníamos los tomates y los pimientos y, al principio, durante más de un mes, no nos dejaron subir para nada”.

A partir de entonces, se permitió el acceso muy restringido, según recuerda: “Veinte minutos para poder mantener lo básico, pero toda la tierra estaba sin preparar. Cuando llegó la época de plantar nos pegamos unas palizas tremendas, porque se llenó todo de ortigas. El trabajo se iba acumulando porque, como mucho podíamos estar una hora y no daba tiempo a nada. Hubo que plantar sin labrar”.

Porque para José Manuel, como para la mayoría, pasar el rato allí es fundamental. “A mí lo que más me gusta es estar aquí. Vengo casi todos los días, aunque solo sea por oír cantar a los pájaros y ver lo que va llegando de la tierra”.

La mayoría de los venajistas sienten auténtica devoción por sus tierras. Reconocen que invierten dinero en ellas, algo que es necesario para propiciar unos buenos resultados. Y la constancia. “Es imposible mantener la huerta en condiciones si no vienes prácticamente a diario, explicaba Ángel Conde, pero a quien le gusta, no le supone esfuerzo”.

PARA SABER MÁS

DE LA FUENTE ROSALES, F., “Temas Jarreros II”, Haro, Ayuntamiento de Haro, junio 2011, pp. 395-398.

